

CUENTOS DE
H. P. LOVECRAFT



C U E N T O S D E

H. P. LOVECRAFT

Traducción

Simon Saito Navarro

Joan Josep Mussarra Roca

Víctor Ruiz Aldana

Daniel Casado Rodríguez



Índice

Dagón	7
La ciudad sin nombre	17
El sabueso	41
Las ratas de las paredes	55
La ceremonia	91
El morador de las tinieblas	107

Dagón

Escribo esto bajo una fuerte tensión mental, pues esta noche habré dejado de existir. Sin dinero, y agotada mi provisión de droga, que es lo único que me hace soportable la vida, ya no puedo seguir aguantando esta tortura; me arrojaré desde la ventana de esta buhardilla a la inmunda calle de abajo. No me toméis por un pusilánime o un degenerado porque sea esclavo de la droga. Cuando hayáis leído estas páginas que ahora escribo atropelladamente, es posible que os hagáis una idea, aunque nunca será completa, de por qué merezco el olvido o la muerte.

Fue en una de las regiones más expuestas y menos frecuentadas del vasto Pacífico donde un buque de corsarios alemanes apresó el paquebote en el que iba yo de sobrecargo. La gran guerra estaba entonces en su inicio y las fuerzas navales alemanas aún no habían caído a lo más bajo de su degradación; por lo tanto, nuestro barco fue capturado respetando las leyes y nuestra tripulación fue tratada con la deferencia y la

consideración debidas a unos prisioneros tomados en alta mar. De hecho, tan relajada era la disciplina de nuestros captores que al cabo de cinco días de ser hechos prisioneros me las arreglé para escaparme solo en un pequeño bote, con agua y provisiones para mucho tiempo.

Cuando por fin me encontré libre y a la deriva, apenas tenía idea de dónde estaba. Nunca había sido un navegante competente, de modo que solo pude conjeturar de una manera muy vaga, por el sol y las estrellas, que me hallaba por debajo del ecuador. Ignoraba por completo la longitud y no se divisaba isla ni costa algunas. El tiempo era bueno, y durante incontables días fui a la deriva bajo un sol abrasador, con la esperanza de que pasara algún barco, o que las olas me arrojaran a la playa de alguna tierra habitable. Sin embargo no aparecían barcos ni tierra, y empecé a desesperar en mi soledad, en medio de aquella ondulante e infinita inmensidad azul.

El cambio se produjo mientras dormía. Nunca conoceré los detalles, pues mi sueño, aunque agitado y lleno de pesadillas, fue ininterrumpido. Cuando finalmente desperté, descubrí que la mitad de mi cuerpo había sido absorbida por una especie de fango negro, viscoso y horrendo, que se extendía a mi alrededor con monótonas ondulaciones hasta donde alcanzaba la vista, y en el cual había encallado mi bote.

Aunque es de imaginar que mi primera reacción fuera de asombro ante una transformación del paisaje tan prodigiosa e inesperada, en realidad sentí más horror que perplejidad; ya que la atmósfera y el suelo putrefacto tenían algo siniestro que me heló el

corazón. La zona estaba corrompida por los cuerpos de peces en descomposición y de otras criaturas menos identificables que emergían en el cieno de la interminable llanura. Tal vez no debería hacerme la ilusión de ser capaz de expresar con meras palabras el horror indescriptible que puede reinar en el silencio absoluto y la estéril inmensidad. Nada se oía ni se veía salvo una vasta extensión de limo negro; si bien la quietud y la uniformidad del paisaje me causaban una sensación de asfixia y náuseas de pavor.

El sol resplandecía en un cielo que me parecía casi negro por la cruel ausencia de nubes, como si reflejara la tenebrosa ciénaga en la que estaban hundidos mis pies. Mientras trepaba a mi bote varado, me di cuenta de que solo había una explicación plausible a mi situación. A causa de un levantamiento volcánico sin precedentes, el fondo oceánico había emergido del mar y dejado al descubierto zonas que durante millones de años habían permanecido ocultas en las insondables profundidades del océano. Tan vasta era la extensión de la nueva tierra emergida debajo de mí que, por mucho que aguzaba el oído, no percibía el más leve rumor de oleaje. Tampoco había aves marinas que se abatieran para alimentarse de aquellos animales muertos.

Pasé varias horas pensando y dándole vueltas al asunto sentado en el bote, que, encallado sobre un costado, proporcionaba un poco de sombra a medida que el sol se desplazaba por el cielo. El suelo también se endurecía a medida que avanzaba el día, de manera que parecía bastante probable que en poco tiempo estaría suficientemente seco para po-

der caminar por él sin peligro. Apenas dormí esa noche, y al día siguiente me preparé un fardo con comida y agua, con la idea de emprender un viaje por tierra en busca del desaparecido mar y de un posible rescate.

La mañana del tercer día comprobé que el suelo se había secado lo bastante para andar por él con comodidad. El hedor a pescado era insoportable; pero me preocupaban cosas más graves que esa pequeña molestia, y con arrojo me puse en marcha hacia un objetivo desconocido. Durante todo el día caminé sin descanso en dirección oeste, guiado por un lejano montículo que se alzaba por encima de las demás elevaciones del escabroso desierto. Acampé esa noche, y al día siguiente reanudé la marcha hacia el montículo, aunque parecía escasamente más cerca que cuando lo había divisado por primera vez. En la tarde del cuarto día llegué al pie de la elevación, que resultó ser mucho más alta de lo que me había parecido de lejos; delante se extendía un valle que resaltaba aún más su altura en relación al resto del paisaje. Demasiado cansado para acometer el ascenso, dormí a la sombra de la colina.

No sé por qué mis sueños fueron tan extraños esa noche; pero antes de que la fantásticamente gibosa luna menguante hubiese subido muy alto sobre la llanura oriental, me desperté bañado de un sudor frío, decidido a no dormir más. No me sentía capaz de soportar de nuevo las visiones que había tenido. Y a la luz de la luna comprendí lo equivocada que había sido mi decisión de viajar durante el día. Sin el sol abrasador, la marcha me habría resultado menos

agotadora; lo cierto era que en ese momento me sentía con fuerza para emprender el ascenso que por la tarde me había parecido imposible. Recogí mis cosas e inicié la ascensión hacia la cima de la colina.

Ya he dicho que la ininterrumpida monotonía de la sinuosa llanura me causaba una vaga sensación de horror, pero creo que mi terror aumentó cuando alcancé la cumbre y vi al otro lado una sima o un cañón insondable, en cuyas grietas oscuras todavía no entraba la luz de la luna. Tuve la sensación de hallarme en el límite del mundo, contemplando desde su borde un caos inescrutable de noche eterna. En mi terror afloraron extraños recuerdos de *El Paraíso perdido* y de la espantosa ascensión de Satanás a través de informes territorios de tinieblas.

A medida que la luna se elevaba en el cielo, comencé a descubrir que las paredes del valle no eran tan verticales como había imaginado. Los salientes y los afloramientos rocosos proporcionaban asideros y apoyos bastante cómodos para el descenso; luego, a partir de unas decenas de metros más abajo, el declive continuaba de una manera más gradual. Movido por un impulso que soy incapaz de analizar con precisión, bajé con dificultad por las rocas hasta la pendiente más suave, sin dejar de mirar las profundidades estigias donde aún no había penetrado la luz.

De repente me llamó la atención un objeto singular y de grandes dimensiones que había en la ladera opuesta y que se erguía verticalmente a un centenar de metros de donde me hallaba yo; un objeto que brilló con un resplandor blanquecino en cuanto recibió los primeros rayos de la luna ascendente. Ense-

guida me di cuenta de que no era más que una piedra gigantesca; pero tuve la clara impresión de que su contorno y su posición no eran del todo obra de la Naturaleza. Un escrutinio más detenido me colmó de unas sensaciones que no soy capaz de expresar; puesto que, a pesar de su enorme magnitud y de su situación en un abismo abierto en el fondo del mar en los albores del mundo, advertí, más allá de toda duda, que el extraño objeto era un monolito perfectamente tallado, cuya imponente masa había conocido la destreza y quizá la adoración de criaturas vivas e inteligentes.

Aturdido y asustado, aunque no sin cierta emoción de científico o de arqueólogo, examiné con atención mis alrededores. La luna, ya casi en su cenit, bañaba de una luz espectral y cruda las paredes perpendiculares que rodeaban el abismo, y reveló un remoto curso de agua que serpenteaba por el fondo y se perdía en ambas direcciones, casi lamiendo mis pies donde me había detenido. Al otro lado de la sima, el agua bañaba la base del ciclópeo monolito, en cuya superficie alcancé a distinguir inscripciones y toscos relieves. La escritura pertenecía a un sistema de jeroglíficos desconocido para mí, distinto de los que yo había visto en los libros; en su mayor parte consistía en convencionales símbolos acuáticos tales como peces, anguilas, pulpos, crustáceos, moluscos, ballenas y otros. Varios caracteres representaban obviamente criaturas marinas desconocidas para el mundo moderno, pero cuyos cuerpos en descomposición yo había contemplado en la llanura surgida del mar.

No obstante, lo que más me fascinó fueron los relieves, claramente visibles al otro lado del curso de agua a causa de sus enormes proporciones. Se trataba de una serie de bajorrelieves cuyos temas habrían despertado la envidia de un Doré. Creo que esas figuras pretendían representar hombres... cierta clase de hombres, al menos; si bien aparecían retozando como peces en las aguas de alguna gruta marina, o rindiendo homenaje a algún santuario monolítico que también parecía hallarse debajo del mar. No me atrevo a describir con detalle sus rostros y sus cuerpos, pues su solo recuerdo me produce mareos. Grotescos más allá de lo que podría concebir la imaginación de un Poe o de un Bulwer, en general eran horriblemente antropomorfos, a pesar de sus manos y pies palmeados, sus labios increíblemente anchos y flácidos, sus ojos vidriosos y saltones, y otros rasgos menos agradables de recordar. Curiosamente, parecían cincelados sin respetar la proporción debida con los escenarios que poblaban, pues uno de los seres estaba representado en el momento de matar una ballena de un tamaño solo ligeramente mayor que él. Me llamaron la atención, como digo, sus formas grotescas y sus insólitas dimensiones; pero entonces decidí que no serían más que dioses imaginarios de alguna tribu de pescadores o de navegantes; de alguna tribu cuyos últimos descendientes debieron perecer antes de que naciese el primer antepasado del hombre de Piltdown o de Neanderthal. Aterrado por ese inesperado atisbo de un pasado que sobrepasaba la concepción del más osado antropólogo, me paré a meditar mientras contemplaba los misteriosos refle-

jos de la luna que rielaba en el canal que discurría ante mí.

Entonces, de repente, lo vi. Solo precedido por una ligera agitación que delataba su subida a la superficie, el ser emergió para mostrarse sobre las aguas oscuras. Inmenso, como una especie de Polifemo, y repugnante, saltó hacia el monolito como un fabuloso monstruo extraído de una pesadilla y lo rodeó con sus gigantescos brazos escamosos al mismo tiempo que agachaba la cabeza y profería unos sonidos acompasados. Creo que entonces enloquecí.

Apenas si guardo recuerdos de mi frenética subida por la ladera y el precipicio, ni de mi delirante viaje de vuelta al bote varado. Creo que canté mucho, y que reí de una manera harto extraña cuando no podía cantar. Recuerdo vagamente una gran tormenta que estalló poco después de mi regreso al bote; en todo caso, sé que oí truenos y demás sonidos que la Naturaleza solo emite cuando está colérica.

Cuando salí de las sombras me encontraba en un hospital de San Francisco; me había llevado allí el capitán del barco estadounidense que había rescatado mi bote en mitad del océano. En mis delirios había hablado de muchas cosas, pero descubrí que nadie había prestado demasiada atención a mis palabras. La gente que me había encontrado no sabía nada sobre el levantamiento de tierras en el Pacífico, y yo no juzgué necesario insistir en un asunto que sabía que no iban a creer. Transcurrido un tiempo visité a un famoso etnólogo y le divertí haciéndole extrañas preguntas sobre la antigua leyenda filistea de Dagón, el dios-pep; pero enseguida me di cuenta

de que era un hombre irremediablemente convencional y decidí no seguir con mis preguntas.

Es al llegar la noche, sobre todo cuando la luna se vuelve gibosa y menguante, cuando veo a esa criatura. He probado con la morfina; pero la droga solo me proporciona una cesación transitoria, y ahora me tiene atrapado en sus garras, convertido en su desesperado esclavo. Así que voy a poner fin a todo esto, ahora que he escrito el relato completo de lo ocurrido para información o diversión desdeñosa de mis semejantes. A menudo me pregunto si no pudo ser todo pura ilusión, un delirio de la fiebre causada por la insolación que sufrí en el bote, donde no había una sombra en la que cobijarme, cuando escapé del buque de guerra alemán. Pero siempre que me lo pregunto, en respuesta aparece ante mí una visión terriblemente vívida. No puedo pensar en las profundidades marinas sin estremecerme ante las indescriptibles criaturas que en este mismo momento podrían estar arrastrándose y revolcándose en su lecho fangoso, adorando a sus antiguos ídolos de piedra y esculpiendo sus propias imágenes detestables en obeliscos submarinos de granito mojado. Sueño con el día en que surgirán de las olas y con sus garras hediondas arrastrarán a la profundidad del mar los restos de esta humanidad endeble, exhausta por la guerra... con el día en que la tierra se hundirá y emergerá el tenebroso fondo del océano en medio del pandemonio universal.

Se acerca el fin. Oigo ruido en la puerta, como si un cuerpo inmenso y resbaladizo se apoyara en ella. No me encontrará. ¡Dios mío, esa mano! ¡La ventana! ¡La ventana!